

EL NOTICERO BALEAR

DIARIO DE AVISOS Y NOTICIAS

UNA peseta al mes.

Redaccion y Administracion, S. Pedro Nolasco, 7, de 8 m. á 8 n.

Teléfono núm. 190

AÑO III.

Palma Martes 1.º de Agosto de 1883

NUM. 802

Colaboracion inédita

LA GRAN CONQUISTA

Dibujos de Cilla. Fotografados de Laporta

Estábamos de sobremesa, envueltos en la neblina azulada del tabaco, saboreando el café y el cognac. Se habló de mujeres y de amor, es decir, de lo que los hombres llaman amor cuando ellas no les pueden oír. Todos expusieron su opinión: unos presumiendo de oradores, otros en una sola frase alardeando de ingeniosos, algunos en forma de cuento verde, muchos barbarizaron soezmente. Se oyeron ideas originales, pensamientos delicados, y sobre todo vulgaridades de á folio.

—Para mí no hay nada como la mujer del pueblo—dijo un señorón rico—es lo único que conserva sinceridad.

—Prefiero las de teatro: satisfacen el amor propio, y el otro.

—La mejor es la casada de la clase media: eso de que el marido esté en la oficina de once á cinco, es invención de los dioses.

—Todo menos las vengadoras, que son los coches de punto del amor.



—Pues yo—declaró una voz—prefiero las casadas de alto copete: se comprometen, temen al escándalo y acaba uno cuando quiere: amor secreto sin más gastos que los de representación y ruptura fácil.

—¡Eso es lo peor de todo!—exclamó Juan, que hasta entonces había guardado silencio. Claro está que de las verdaderas señoras, de las honradas, que abundan, no hay que hablar; pero esa otra que deéis, la rica despreocupada, desmoralizada, caprichosa y perversa... esa es la gran calamidad. Creemos conquistarlas, rendirlas, y son ellas las que nos gozan, lucen y cambian, ni más ni menos que hacen con las alhajas.

—Vamos, á tí te la ha pegado en gordo alguna de ellas.

—¿Quién es ella? Somos discretos.

—No digas más que el apellido del marido.

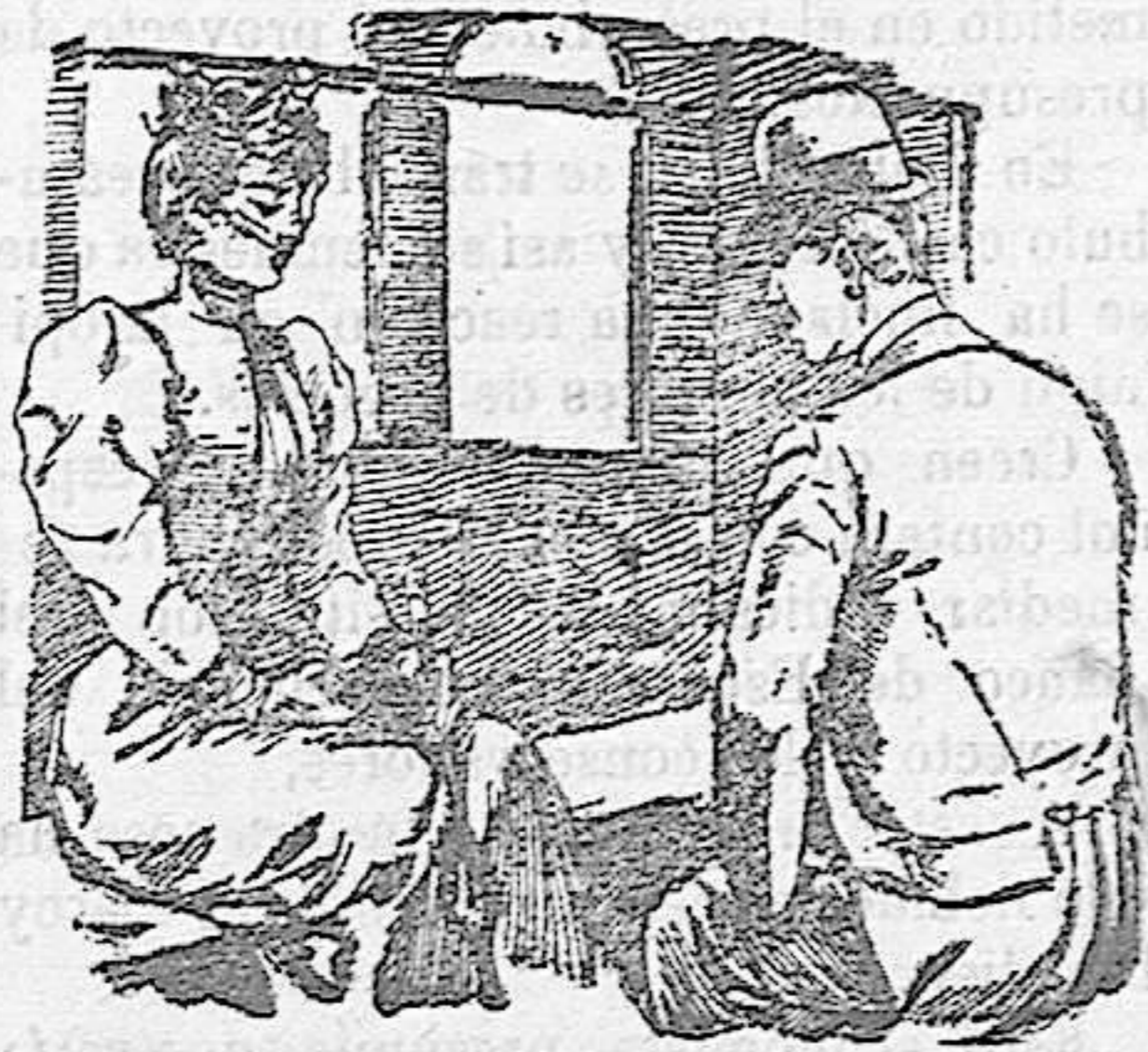
—No diré nada de eso, pero os contaré lo que ella hizo conmigo.

—Oigamos, para escaermentar en testuz ajeno.

Arrellenóse cada cual en su butaca: dimos palabra de no interrumpir al narrador, y, mientras nos deleitábamos fumando y bebiendo, Juan contó su aventura de este modo:

—Estaba yo empezando el último año de carrera: es decir, era muy joven y ya hombre. Una tarde tomé el tranvía en la Puerta del Sol para el barrio de Argüelles, y al sentarme miré si había en el coche alguna mujer guapa. A mi derecha iba una de treinta ó pocos más años, rubia, esbelta, graciosa, de porte aristocrático, elegantísima, y vestida con la más estudiada sencillez que podeis imaginar: de negro, sin lazos vistosos, sin perifoneos llamativos, sin pulseras, ni pendientes, con un sombrerillo cuyo único adorno consistía en una rosa de terciopelo rojo muy obscuro. Para ob-

servarla bien, me levanté de su lado y fui á sentarme frente á ella. A pesar de su rebuscada modestia, en seguida comprendí que era señora, y muy señora, por lo menos en cuanto á fortuna y posición social. El puño de la sombrilla formado por una loza de Sajonia, los zapatitos, los guantes, la flor y el velo del sombrero, la peinilla de concha clara como el ámbar que le sujetaba el moñete por poco más arriba de la nuca, todo era finísimo y muy caro. Llevaba un libro de misa sujeto por una goma roja, y con el pulgar ocultaba cuidadosamente una cifra que parecía de oro. La miré sin descaro, pero con insistencia, hasta convencerme de que era guapa, mejor dicho, bonitísima, formada su belleza por encantos delicados y finos: una duquesita Luis XV, que con los ojos bajos tenia expresión de candidez monjil, y mirando á hurtadillas, parecía una



manola goyesca. Luego seguí mirándola, no ya como explorador sino como conquistador. Mi edad, mi aspecto, y un libro que llevaba en la mano, debieron de hacerla comprender que era estudiante. Al notar que la miraba bajó la vista, permaneciendo largo rato con los párpados caídos, de modo que juntándose las pestañas le sombreaban dulcemente la cara. Esta actitud, que también parecía inspirada en la más rígida modestia, quedó desvirtuada por un rasgo de refinada coquetería que consistió en pasarse dos ó tres veces la lengüecilla por los labios, mordiéndoselos luego ligeramente para mantenerlos húmedos y rojos. Cuando ví que se había dado cuenta de mi tenacidad en examinarla, me hice el distraído, y ella, dejando el devocionario sobre la falda, se arregló el velillo de manera que la parte más tupidá del dibujo del tul le cayese sobre los ojos: recurso habilísimo, porque sin fijarse en ella con grosero descaro, no era posible saber hacia donde miraba. Comprendí que inspeccionaba mi figura y pelaje. Por fortuna iba elegante: pudo hacerse cargo de que su admirador era un muchacho fino. Yo había pagado sólo hasta la Plaza de Oriente: allí, al ver que la desconocida no se apeaba, llamé al cobrador, y pidiéndole nuevo billete le dije, de modo que ella pudiese oírlo: «Hasta lo último». Se puso muy seria, aunque sin revelar enojo.

Se bajó en lo último de la calle de Ferraz, y yo detrás: la fui siguiendo á respetuosa distancia, y la ví meterse en un portal de casa aristocrática con jardinillo: el portero, á quien no dirigí la palabra, la saludó al paso quitándose la gorra hasta los pies; señal de que vivía allí ó trataba íntimamente á quien allí habitase. Al perderse en la semiobscuridad del portalón, volvió rápidamente la cabeza hacia la calle. Seguí adelante, y al cabo de unos cuantos minutos retrocedí pasando de nuevo ante la casa: todas las persianas estaban echadas é inmóviles. Entonces pensé que no debía pasearle la calle. Si aquella era su casa, por no comprometerla, y sino era, porque nada adelantaria. Esto fué un sábado.

Si esta mujer—imaginé—quiere dejarse ver, comprenderá que yo no puedo hacer nada sin pecar de imprudente, y que ella ha de buscar la ocasión. Puede

que tenga costumbre de oír misa en alguna iglesia del centro, pero yo debo presumir que la oirá donde más cerca la digan, es decir, aquí al lado, en el Buen Suceso: de modo que, aunque de ordinario vaya á las Calatravas, por ejemplo, si yo no le he sido antipático, si se me muestra propicia, discurrirá lo mismo. Al día siguiente of cinco misas en el Buen Suceso: hablando con más propiedad, estuve fumando en la puerta mientras las rezaron. Ya me iba á marchar, cansado y aburrido, cuando la ví llegar por la calle de la Princesa; entró en el templo, la seguí, y me puse á observarla tras uno de los pilares que sostienen la nave. Al principio no levantó los ojos del libro; luego miró con disimulo hacia los lados; por último, creyendo que yo no la veía, se volvió impaciente varias veces como sorprendida y defraudada en su esperanza de que me pusiese cerca. Salí de tras el pilar y me acerqué despacio: nuestras miradas se cruzaron, y se dejó caer de pechos sobre el reclinatorio tapándose la cara con el libro, cual si quedase abstraída por la devoción.

Terminada la misa volvió el reclinatorio de modo que yo pudiese ver la cifra que tenia bordada en el asiento: aquello equivalía á decir aquí vengo siempre. Después salió, y yo tras ella con ánimo de encerrarla; pero me llevé chasco, porque en la puerta había esperándola una berlina: montó y el caballo salió bufando. Era inútil intentar seguirla en un simón.

Por fortuna, el miércoles siguiente era fiesta de precepto... y oímos misa; pero también hubo berlina.

Para no repetir muchas veces la misma cosa, una mañana, sin duda enternecida por el espectáculo de mi piedad incaneable, me miró varias veces, y al salir no hubo berlina. Atravesó la calle de la Princesa y se metió por aquellas callejuelas, casi siempre desiertas, que circundan al cuartel del Conde Duque. No pasaba un alma. Hice coraje, y apretando el paso me planté al lado de mi deseada, la cual se detuvo fingiendo turbación, y digo fingiendo, porque la impasible serenidad de sus ojos desmintió el temblorcillo que imprimió á su voz.

«Gracias á Dios que me permite usted hablarla»—dije.—Y repuso muy bajito: «¡Esto es una temeridad! ¿Qué pensará usted de mí!»—«Señora, aquí no nos ve nadie, y yo... no puedo más. Desde la mañana que la ví á usted, hasta hoy no he dado el menor paso para saber quién es usted por no comprometerla; aún no lo sé... pero saque-me usted de dudas... ¿Verdad que no le soy á usted antipático?»—«Es usted un muchacho... si puede que le doble á usted la edad. ¿Es usted estudiante, madrileño?»—«Sí, señora, estudiante, pero ya no me aprovecha el estudio: me tiene usted tonto.»—«Y usted cree—dijo tristemente—que una mujer casada puede...»—«Señora, yo creo que usted es una santa por lo buena, y una divinidad por lo hermosa... pero cuando se ha



venido usted á pie por estas callejas, no ha sido para despedirme con cajas destempladas: para mandarme á paseo, hubiera usted seguido por donde va la gente.»—Se puso roja como la grana y repuso: «Tiene usted razon, soy una loca... ¡y tan desgraciada...! (y... usted parece tan sincero! La juventud está llena de buenos sentimientos.»—«No tenga usted miedo á que la comprometa con imprudencias... déjese usted querer... no pido más.»—«Pero va usted á pensar que soy una perdida...» Ya sabéis lo que esto significa en boca de una mujer. Os cuento estos preliminares para que comprendais la indole de la señora.

Durante algunos días nos vimos en las calles, en sitios extraviados, solitarios, y siempre cercanos de alguna iglesia que sirviese para probar la coartada. Nuestro amor, mejor dicho, nuestro *modus vivendi* se fundó sobre las bases siguientes. Yo me comprometí á no seguirla en paseos, ni calles, á no mirarla con insistencia en los teatros, á no saludarla nunca en público, á tratarla como desconocida si la encontraba en alguna casa, y á no escribirla, ni pretender que me escribiese jamás. También le di palabra de mudarme á una casa donde no hubiese más huésped que yo. Ella vendría á verme, previo aviso que consistiría en un papel donde con letras y números recortados de periódicos pondría, por ejemplo: viernes á las cinco; martes á las dos; en fin, cuando pudiera.

De este modo comenzó aquello. Yo estaba en esa edad en que la idea del amor amonora, merma, disculpa y hasta poetiza todos los extravíos pasionales. También vosotros habreis pasado por ese estado de ánimo, en que toda joven que se entrega parece seducida, en que toda adúltera se nos antoja víctima del marido, y en que toda cortesana tiene á nuestros ojos algo de víctima social.

Para mí, Julia—la llamaremos Julia—era una verdadera conquista, una señora de verdad que se había enamorado de mí, ¡No os burleis! ¿Qué hombre no se considera á los veinte años capaz de ser querido? Yo no la quería... me gustaba; pero en cuanto á ella... mi vanidad y sus zalamerias llegaron á hacerme imaginar que si la dejase se volvería loca; y comencé á sentirme impulsado hacia ella por algo semejante á la lástima. Indudablemente pensaba yo, su marido será un bárbaro, rico, pero ignorante: mucho frac y poca delicadeza; un noble degenerado, ó un burgués endiosado... un animalucho, soez, violento... ¡puede que hasta le pegue! Luego supe que era un cumplido caballero.

Julia venía á verme astuta y perversamente vestida: por fuera casi como una modistilla, y con ropas interiores de un lujo deslumbrador, pero lascivo y canalleco. Su lenguaje era fino, sus ideas groseras, y alguna vez hasta su lenguaje, como si en la brutalidad de las palabras buscara expresion fiel á la violencia de su amor. También solía darle por jugar á la mujer hacendosa: me hacía café y me cosía botones. De cuando en cuando venía romántica, y entonces estaba inaguantable hablando del *pais azul* que veía en sueños, y de que el mundo le había ensuciado el alma. Entre tanto, á mi comenzaba á darme vetgüenza mezo'ada de vanidad, el haber inspirado *aquello*. Toda suspiración está condensada en estas palabras que me dijo una tarde en un arranque de inconsciente serenidad: «Hay momentos en que debo de inspirarte repugnancia, porque al fin y al cabo soy de otro... ¿Por qué no tienes celos? Por qué no me pegas?»



Su amor y las matemáticas me dejaron muy flaco. Conseguí dominar la trigonometría, sin poder dominar a Julia.

Pasó el año, y llegó el último día de carrera. Escribí a mis padres que el día siguiente del examen me pondría en camino para abrazarlos, y pasar con ellos el verano. La esperanza de verlos se acibaraba con la idea de separarme de Julia. ¿Me escribiría? ¿Daría alguna prueba de saber amarme... de lejos? ¿Sabría expresar en escrito? ¿Cómo hablaría su apatito? En una palabra, ¿tendría verdaderamente ternura de amante aquella dama ingerta en pecadora de oficio?

Al salir de la escuela, hecho todo un señor ingeniero, fui al telégrafo, puse el despacho a mis padres dándoles la buena noticia, al mismo tiempo que les anunciaba mi salida para el día siguiente y en seguida me fui a casa, donde ella debía esperarme.

Allí estaba más hermosa que nunca. Se arrojó en mis brazos y me besó como besará una pantera. Os confieso que me hizo sufrir. Yo hubiera querido no besar aquel día más que a mis padres, y alguna mujer que me quisiera de otro modo. Luego me ayudó a hacer el baúl con la mayor tranquilidad. — «Dos meses sin vernos!» — le dije, mirándola fijamente para sorprenderle el pensamiento en la mirada. Entonces, sentándose de prisa en las rodillas, me dijo con expresión indefinible: — «No: esta es nuestra última entrevista. Se acabó la novela. Has concluido la carrera... hoy debe concluir esto. Así comprenderás lo que te quiero. Hasta hoy mi amor ha sido para tí una aventura: desde hoy será un obstáculo a tu felicidad. Me halaga la idea de haber sido para tí la flor cogida en plena juventud al borde de un camino, que se aspira con delicia y se deja caer sin pena: no consiento en llegar a ser la cadena que se atrastra con dolor y entonces la marcha. Hemos concluido. Si alguna vez volvemos a encontrarnos, te permitiré que me hagas el amor... platónicamente. ¡Veras qué encanto! Aderarse como novios después de haber sido amante y querida. Lo contrario que todo el mundo. ¡Será una anomalía deliciosa! Mira — decía — no dejemos que el hastío sea el sepulturero del amor: nosotros mismos le enterremos, y alguna vez, de tarde en tarde, iremos a llevarle flores: es decir, a cada éxito que logres en la vida, a cada dicha que tengas, cada vez que te sonrías la fortuna, te consagraré un recuerdo, y tú pensarás en mí... y nada más. Un amor como el mío no debe ser para un hombre como tú más que un episodio muy corto. ¡Créeme, chico; las grandes impresiones son rapidísimas: prolongadas, se vulgarizan ó nos matan. Vaya, ¡adiós!» — Rompió a llorar: me dió un beso muy largo, y enseguida,



violentándose, haciendo un esfuerzo supremo, se enjugó las lágrimas, dejó es-

parar del pecho un suspiro que me desgarró el alma, y sin que pudiera evitar, lo salió del cuarto y echó escaleras abajo, dejándome en la mayor turbación de espíritu que podeis imaginar.

¿Que era aquello? ¿Cómo se habían trocado las caricias en consejos, la locura en prudencia y la sensualidad en abnegación? ¿Cómo suponer que sus artes de cortesana y sus refinamientos de señora corrompida ocultaran una sensibilidad verdaderamente desinteresada, y un corazón capaz de aquel sacrificio?

Sobre la mesa me había dejado, á modo de recuerdo un mechón de pelo con un alambre de plata arrancado á una pulsera, y un papel en que había escrito estas palabras: «Guarda este pelo, bésalo alguna vez, y el día que te cases qué-malo».

Creí volverme loco. Estuve á punto de telegrafiar á mis padres que retrasaba el viaje. Por fortuna no lo hice, diciéndome: «la escribiré, volveré pronto, la buscaré enseguida... y hará lo que yo quiera...; pero esta noche... ella va diariamente al Real... No, no quiero irme sin verla... No podremos hablar, pero no me marche sin decirle con los ojos que no renuncio á ella».

Llegué tarde al teatro, porque tuve que deshacer todo el baúl para sacar el traje de frac. De pronto me asaltó la idea de que no iría: tal vez estuviese enferma... ¡La despedida fué tan violenta! Pero no: allí estaba, en su palco, más hermosa que nunca, vestida de blanco como una novia, sonriente, serena, dejando caer de cuando en cuando los párpados con amorosa languidez y pasándose la lengüecilla por los labios para mantenerlos rojos y brillantes. El escote de su vestido era una diabólica obra de arte.

No parecía demasiado bajo, sino, por el contrario, bastante alto y pudoroso, mientras el cuerpo estaba derecho sobre la silla manteniendo erguido el busto; pero cuando ella se inclinaba hacia los lados juntando al mismo tiempo los brazos, se entreabrían los tules mostrando algo tan hermoso que era juntamente delicia para los que estaban cerca, y escándalo para los que estaban lejos.

Me vió en seguida; en mis ojos debió de leer mi angustia ante la idea de perderla, y mi resolución de impedirlo... Entonces me dirigió una mirada indiferente, fría, serena, como sino me conociera. Me vió sin sorpresa, se fijó en mí sin interés, y volvió hacia otra parte la cara sin revelar emoción de ningún género: ni dolor, ni disgusto, ni alegría, ni contrariedad, ¡pau! No volvió á mirarme en toda la noche. Pasé bajo su platea, me detuve con el mayor descaro: todo fué inútil.

Antes de terminar la función, la esperé en el pasillo por donde había de salir. Al encontrarse conmigo, se volvió hacia la amiga que la acompañaba, y hablando con ella, pero mirándome á mí, dijo: — «Me he cansado.» — Y pasó altiva, cruelmente hermosa, como sultana que ordena la muerte de un eunuco.

De repente sentí que me tocaban en la espalda. Era Sebastián *Trotasalones*, como le llamábamos entonces. «¿También á tí te gusta?» — me dijo. — «Es bonita, eh?» — «Preciosa» — repuse, y por saber lo que pensaba de ella, añadí: — «Me han dicho que además es honrada.»



La respuesta de Sebastián fué una carcajada que me heló la sangre.

«— Juanito — me dijo — ¿vives en Madrid ó vienes de Babia? Esa mujer salta ante á querido por invierno; luego ha pasado un año sin amante conocido; nos tenía asombrados; y ahora, desde hace ocho días, está loca perdida por un chi-

no de la embajada. Los médicos dicen que es un caso.»

JACINTO OCTAVIO FIGON.

27 Julio 1893.

(Prohibida la reproducción en esta isla).

EL CREDITO DE ESPAÑA

Los franceses y nuestros presupuestos

Paris 23.

La aprobación del proyecto de presupuestos por el Congreso español, anunciada por los corresponsales, ha causado excelente efecto entre los hombres de negocios de esta población.

El resultado inmediato ha sido una alza en la cotización del 4 por 100 español, y el segundo, que los grupos financieros alaban la sinceridad de los cálculos en que se funda el equilibrio de los presupuestos.

Reconocen que el Sr. Gamazo no ha apelado á las fantásticas combinaciones usuales, y esto aumenta la confianza que inspiran las demás promesas del ministro de Hacienda español.

Hoy se ha repartido con profusión una hoja firmada por un grupo de tenedores de títulos de la deuda exterior española, y en ella se censura la campaña que se ha pretendido hacer contra nuestro crédito y contra los proyectos del señor Gamazo, cuya conducta está completamente de acuerdo con lo prometido en el preámbulo del proyecto de presupuestos.

En dicha hoja se transcribe el preámbulo casi íntegro, y así se demuestra que se ha iniciado una reacción en la opinión de los hombres de negocios.

Creer que aunque el gobierno español contara con menos tiempo, podrá remediar radicalmente la situación del Banco de España á consecuencia del proyecto de los conservadores,

A este proyecto y no á otra cosa ha sido debido el pesimismo del Sr. Leroy Beaulieu.

Este economista presumía que sería inevitable el estacismo después de haber concedido los conservadores aquella destinada autorización para que el Banco de España aumentara la emisión de billetes.

El Sr. Leroy Beaulieu y las demás autoridades financieras de Francia se ríen de las apreciaciones de *La Epoca*, secundada indolentemente por otros periódicos.

A juicio de aquéllos, los conservadores españoles gritan y hacen alarde de patriotía para que se olviden los desatinos del ministerio [Cánovas.]

No se deben considerar estas apreciaciones como una defensa del Sr. Leroy Beaulieu y de los demás escritores financieros de Francia; lo que prueban es la sinceridad del ilustre economista al afirmar que el Banco de España, con sus emisiones de billetes, [hubiera llevado á España á un desastre económico.

El escritor citado; que poseía acciones del Banco de España desde hace mucho tiempo, las enagenó después de la campaña de *El Imparcial* contra la prodigalidad en la emisión de billetes.

NOTICIAS

La reina Isabel regaló al Sr. Sagasta, el día de su santo, una preciosa escribanía de plata con la firma de la reina grabada en ella.

Al regalo acompaña una cariñosísima carta, en que doña Isabel hace votos de todo corazón por la salud y la felicidad del Sr. Sagasta, al cual llama su muy querido y leal amigo.

Vapores correos.—El vapor correo francés *Lafayette* salió de La Coruña el 24, á las cuatro de la tarde, con destino á La Habana y Veracruz.

Habann 21.—Ayer llegó, procedente de Puerto Rico, el vapor correo de la Compañía Transatlántica, *Maria Cristina*.

Manila 23.—Hoy ha llegado á este puerto el vapor correo *Isla de Mindanao* de la Compañía Transatlántica.

Los pianistas de los cafés cantantes de Madrid, en vista de que los autores y editores de obras musicales exigen á los dueños de aquellos establecimientos el

pago de derechos por las piezas de música que en éstos se ejecutan, han acordado por unanimidad no volver á interpretar ninguna de las obras incluidas en el pago de derechos hasta tanto que los tribunales decidan en el pleito promovido sobre el asunto.

Otro accidente.

El domingo por la noche una máquina del ferrocarril económico de Santa Ana (Oviedo), de los Sres. Herrero, Hermanos, al llegar á la curva que existe cerca del pueblo de la Vega, chocó contra una vagoneta que conducía á varios obreros, resultando gravemente heridos tres, y uno muertos.

Varios aspirantes aprobados á las plazas de secretarios de juzgados municipales han dirigido al señor ministro de Gracia y Justicia una exposición en la que solicitan dicte las medidas convenientes para que se cumpla el reglamento de 10 de Abril de 1874, en lo que se relaciona con la provisión de aquellos cargos, disposición legal que se ha convertido en letra muerta por la presión política.

La aspiración de los exponents es á todas luces justa, y esperamos sea atendida por el Sr. Capdepón.

A causa del bajo nivel de las aguas del río Ebro, que circunda á Zaragoza, apenas puede satisfacer á las necesidades del vecindario y á las del riego.

Varias industrias usan como fuerza motriz las aguas del canal, y por tanto, tendrán que suspender sus trabajos, porque la agricultura tiene la preferencia para el aprovechamiento.

La junta de clases pasivas ha hecho durante la primera quincena de Junio las siguientes declaraciones de derechos pasivos correspondientes á la Península.

Excmo. Sr. D. Carlos Navarro y Rodrigo, rehabilitado, con 7.500 pesetas.

D. Anibal Reinaldi, jubilado, con 6.000.

D. José Macia Vidal y Gonzalez, ídem con 5.400.

D. José María Moroleña y Espinosa, id, con 5.100.

D. José Francisco Otero, id, con 3.200.

D. Mariano Segura y Maria, id con 2.400.

D. Blas Espinosa y Rodriguez, cesante con 750.

Calor infernal

Según un telegrama de Nueva-York, de muchos puntos de los Estados Unidos van recibiendo noticias referentes á los estragos inmensos que están causando los exagerados calores que en ellos reinan.

Un despacho telegráfico de Lincoln—Nebraska—dice que los rancheros del condado de Dawes sufren lo que no es decible á consecuencia de la pertinaz sequía que asola aquellos distritos. No hay ni una sola brizna de hierba con que dar de comer al ganado, muriendo en consecuencia cabezas á millares.

En Fort Robinson, principal centro militar del distrito de Platte River, los oficiales, soldados y paisanos se hallan postrados completamente por el calor sin poder moverse siquiera, mientras en las praderas todo arde como yesca, amenazando incendiar varias poblaciones.

Brasil.

Dice un telegrama de Nueva York que excita grandísimo interés en los Estados Unidos la situación creada entre Uruguay y el Brasil, pues telegrafían de Montevideo que el gobierno de la primera de aquellas repúblicas se ha negado á cumplimentar la demanda del gobierno brasileño para que entregue á Martino y otros miembros del comité revolucionario que se hallan refugiados en territorio uruguayo.

Cabos sueltos

Telegrafían de Pettburgo que se abrigan serios temores respecto á la suerte que le habrá cabido á mister Lenz de aquella ciudad está actualmente atravesando la China montado en una bicicleta. Nada se sabe de él hace ya mucho tiempo.

—Da Buffalo, que reina en todo el Estado de Wyonug un calor infernal cosa jamás vista, llegando aquel hasta en la sombra á llagar la piel de los trabajadores ocupados en las faenas de la

recoleccion. Debido á esto se van quedando las cosechas sin recolectar.

—De Montreal, que el vapor trasatlántico «Alcides» de la Compañía Donaldson, ha embarrancado á 6 millas Este de Heath Point en la isla de Anticosti, salvándose milagrosamente la tripulación y pasajeros.

—De Belgrado, que el rey Alejandro I de Servia, ha ordenado que se enseñe la lengua rusa en todas las escuelas del reino.

—De Budapest, que el gabinete húngaro ha aceptado el proyecto de ley referente al matrimonio civil redactado por el ministro de Justicia, y al que falta solamente para ponerse en vigor la firma del Rey. Este lo firmara hoy mismo.

—En Paris, que el general Dodds ha conferenciado nuevamente con el ministro de Marina sobre los asuntos daho-meyanos, resolvió se hagan más tentativas para lograr la captura del rey Behanzin. El citado general regresará en breve á Tolon.

—De Berlín, que en el gran meeting celebrado por los anarquistas uno de los principales oradores glorificó á Ravachol.

—De Roma, que según rumores que han corrido en la Bolsa, Francia se separará en 1.º enero de 1894 de la Union latina.

—De San Petersburgo, que el gobierno prusiano ha dado órdenes terminantes de prohibir la inmigración en el territorio prusiano de los israelitas rusos, quienes serán destinados en cuanto crucen la frontera.

—De Tanger, que las autoridades de Rabat arrastraron á un ciudadano brasileño, despues de haber sido éste robado y apaleado. Hay gran excitacion y se trata de tomar una grave resolucioen en vista de los ataques y atropellos de que son víctimas con frecuencia los extranjeros residentes en Marruecos.

De Sól er

El día 27 del pasado Julio, en las inmediaciones de *Can Prohom, S' Herelat y Son Angelats*, se desató una furiosa tormenta, cayendo abundante lluvia y viento huracanado, quedando muchos árboles cortados á flor de tierra.

Los desperfectos que hubo en la *Huerta* solo fueron alguna que otra higuera desgajada, algunos nogales arrancados de cuajo y gran cantidad de fruta, particularmente manzanas, echada á perder.

El día 28, despues de haber llovido casi toda la noche, volvió á aparecer otra nube tempestuosa semejante á la del día anterior, con movimiento también giratorio; pero, por pasar á mayor altura y ser menor la intensidad de su movimiento, no causó ningún desperfecto, dejando solo ser un fuerte aguacero con algunas ráfagas de viento.

Por fortuna no quedó destruida ninguna vivienda, ni hay desgracias personales que deplorar; si bien, por una parte hay pérdidas que lamentar por otra no podemos menos de alegrarnos por lo benéfico que habrá sido para nuestros campos la lluvia que siguió á la tormenta.

De Felanitx

Se halla vacante la plaza de Asesor de Marina del distrito de Felanitx.

Una mujer que bajaba de una escalera de mano, tuvo la desgracia de caerse, falleciendo á los pocos momentos, de resultas de los contusiones que se causó.

El juéves último cayó en esta ciudad abundante lluvia acompañada de truenos y relámpagos, extendiéndose el aguacero á los pueblos colindantes.

Por fortuna no causó desgracias personales.

Seccion Insular

TOROS

3.ª Y ÚLTIMA CORRIDA DE LA TEMPORADA

Pues señor son muchos cuernos seis pares para un solo revistero.

Pero hay que aguantarlos como aguantan los contribuyentes á Gamazo, aunque con protestas.

Yo protesto también haciendo la eco-

nomía de la acostumbrada introduccion, prefacio, prólogo ó introito y abro de rondón mi libreta de apuntes.

De ellos resulta que al dar las cuatro y media en el reloj de la villa—el mejor mueble que tiene el Ayuntamiento—ase-mó la *jota* en el palco de la presidencia el procurador Sr. Santandreu, seguido de varios curiales y del honorable albeitar Sr. Miralles.

Prevía la venia presidencial—que vestía traje de boda, no la venía, sino el presidente—salió al ruedo la típica figura del alguacil subido á los lomos de blanca cabalgadura, ofreciéndonos el tipo archisuperlativamente cómico de los *caballeros de sainete* que acompañaron mas tarde á la Beata en su excursion nocturna.

Pero vamos al caso. La música atronó con sus *acordes* los espacios, el Guerrita y su gente dieron el pase de rubrica, cambiaron los capotes de gala por el percal de batallar, y la multitud enloquecida llenó los ámbitos de la plaza con un ronquido parecido al jhurra! del coque á la vista de su libertader.

Poso despues viajaba por los aires la sediciada llave del toril, salida de entre las manos del Presidente con el mismo aplemo con que en España hilvanan sus proyectos los ministros.

Y hétenos ya al son del elarin guerrero abiertas las puertas del chiquero para dar paso al primer *Saltillo* de la tarde, que por el texto de su partida bautismal sabemos se llamaba

Viudito

y era negro, bragado, y salió grave y serio, como en el ministerio es fama vive escamado el pillín del gatuperio.

Molina le tentó el morrillo con cuatro garrochazos, uno de ellos superior, viniendo á turbar la paz de que gozábamos

la pita monumental y del pueblo los enojos por cierto *quid* que en los ojos padecía el animal.

Pero pasó la tormenta—que todo en el mundo pasa menos el que pisen los vicultores por las horcas trigueras—y siguieron los varilargueros castigando al *cegado* con mas congo que un recaudador de contribuciones, tanto que ha descuidarse un poquito mas el Presidente lia *Viudito* el petate á manos de los de á caballería.

Por fin suenan los clarines y salen Almendro y Mogino con los palitroques, adornando al desconsolado *viudo* con tres pares y medio muy regularcillos, colocando el primero uno superior en la... arena.

Pronunciado su discurso, Guerrita, que vestía de plomo y oro—al mastro le dá por los metales—se colocó á *honesta* distancia del *buró*, pasando de desconfiado y receloso, para dejarse caer con un pinchazo bajo y una estocada que resultó atravesada, por tirarse el matador desde las mirandas de Miramar.

Un descabello al primer intento pone fin á las desventuras de *Viudito*.

Piés de liebre

llamábase el segundo, de pelo castaño claro, ojo de perdiz y ancho de cuerna.

Salió brincando, cual correspondía á su nombre, dejando el redondel mas limpio que lo están de dinero las arcas del municipio.

Aguantó siete puyazos de los de á caballo, y sufrió con cristiana resignacion—y el Sr. Presidente también—los recortes de la gente de á pié.

Alós quites Guerrita y Almendro, ganando aplausos en la faena.

Antonio Guerra y el Primito cargaron sobre sí la tarea de engalanar á *Piés de liebre*, saliendo del compromiso con cuatro pendientes al cuarteo, dos de ellos de *caliá*.

Y otra vez empuñó el sable el sucesor del gran Califa, que más aplomado y ceñido que en su primer toro, empleó una faena esliganada que nos dejó traslucir la excelente escuela del maestro, para dejarse caer con una media en su sitio y una corta atravesada, rematando la suerte con un intento de descabello, que fracasó por no dar la puntilla en el blanco, y un descabello verdad á punta de estoque.

Cara de queso

dícese le llamaban, allá en la vacada, al tercero de los Saltillos que se corrieron, cárdeno, buen mozo, de libras y de mucho poder; tanto, que á penas le vieron

los de *auspa* la *fisonosuya* les olió á queso el tal *Cara de queso*, y enristraron cual Roldanes sus respectivas *estacas*, disponiéndose á vender caras sus vidas.

Y dicho y hecho; *Cara de queso* arremetió contra sus adversarios con tal furia, que á los pocos momentos quedó el campo por suyo y convertida la plaza en herradero.

Hasta quince garrochazos aguantó sin vacilar el valiente animal, recargando con coraje y propinando soberbios batacazos á *Rocinantes* y caballeros, al extremo de que uno de ellos, Amaré, hubo de ser retirado á la enfermería hasta reponerse del *trastorno* que le causó una caída de latiguillo.

Guerrita y Almendro no tenían por que descuidarse en los quites, coleando el último la fiera para librar á *Pegote*, que cayó en descubierto á las mismas barbas de *Cara de queso*, que estaba hecho un Orlando.

El Pollo y Santitos cumplieron con dos pares al cuarteo, uno á media vuelta y otro superior en la... atmósfera.

Guerrita dió principio á la brega con dos naturales, dos altos, uno de pecho, otro cambiado y algunos mas de distintas órdenes y condiciones,

todo ello muy bonito, y muy variado además, porque estuvo bailadito con compás y sin compás, tirándose á matar fuera de suerte por lo que

resultó la estocada corta y atravesada.

Descabelló á la primera.

Y muchos aplaudieron y otros refunfuñaron; lo que unos aplaudieron otros lo protestaron.

Por unos instantes cierra sus puertas el templo de *Jano*, se suspenden momentáneamente las hostilidades y la plaza se quedó tranquila, como el gobierno cuando tiene cerradas las Cortes. Lo cual traducido al romance vulgar, quiere decir, que nos encontramos en el punto y hora en que la gente *crua* dió sus cuerpos al descanso, ó sea á la mitad de nuestra revista, con todo y llevar el número 44 la cuartilla que escribimos.

De suerte que para abreviar y no aburrirte, lector, haremos lo que ciertos *mataores* de fama cuando tienen *gindama*; escribir á paso de banderillas.

Que es un procedimiento muy cómodo.

Verdad V., Sr. Guerrita!

Y otra vez hiers el oido

el pito y el estabal,

dando al pueblo la señal

del combate interrumpido.

Eralito

salta, en efecto, á la arena con más piés que cierto conocido escritor, luciendo pelo cárdeno, buen mozo y con una cornamenta que ya quisieran para sí más de cuatro fabricantes de botones.

Recibe hasta once varas á cambio de algunos tumbos y dos arenques despanzuradas.

Guerrita y Almendro bien en los quites.

Mogino le cuelga dos pares y otros dos el Primito, uno aprovechando superior.

Guerrita prepara el buró con cinco pares naturales, seis altos y tres de pecho, lia y se tira por derecho con una buena arracando que dá con *Eralito* en el suelo.

Palmas al maestro y una preciosa muleta que le regalan sus amigos.

Caverito

se llamaba el quinto, negro y de buen *trapío*.

Llevó diez varas, cinco de Cirilo, tres de *Pegote* y dos de *Matacán*, una fué tan malhadada

que hasta dudo si el gachó para un *bisteach* se llevó la carne al hierro pegada.

Escuso decir á Vds. la que se armó; y sino que lo diga el pobre *Matacán* que vió su cuerpo en un tris por causa de aquel desliz.

Toca la música y toma Guerrita los palitroques, de los que coloca tres pares

con una sal y un aquel, que solo derrama él cuando torea formal.

Y cogiendo luego los trastos de matar pasa con frescura y ceñido, descolgándose con un volapié hasta los gavilanes, que resultó una estocada monumental.

Y hubo gran ovación, y la oreja y ¡la mar! Este modo de matar no tiene comparación.

Macareno

es ró plaza, tomando voluntarioso hasta doce varas de Cirilo y Molina.

Santitos y el Pollo le pusieron dos pares cada uno, dos de ellos buenos.

El Almendro, que vestía verde y oro, le echa un discursito al Presidente y se encamina.

en busca de *Macareno*, cuya intencion nada buena mostraba tenáz empeño en bailar la macarena;

y la bailó Almendro, que tras cuatro pasos naturales, dos con la derecha y tres de pecho, se tiró fuera de suerte pasándose sin herir; unos pases mas y vuelta á liar, tirándose nuevamente señalando un pinchazo, y luego otro, acabando con la res de un bajonazo soberbio.

Resúmen

La tarde hermosa y atestada la plaza de caras bonitas.

Los picadores Molina y Amaré bien; respecto á los demás creemos que lo peor es meneallo.

Los chicos muy bien, distinguiéndose Almendro que trabajó mucho y con acierto.

Guerrita mostrándose avare en darnos á conocar lo mucho que sabe.

La direección pésima.

El servicio de la plaza bastante defectuoso.

La presidencia á merced de las instrucciones de un pájaro pinte.

El ganado bueno, excepto el tercer toro que fué superior.

Caballos muertos 12,

GIL BLÁS.

Una señora forastera, que ha permanecido algun tiempo en el Hospital por tener la cabeza trastornada, despues de haber notado alguna mejoría se trasladó al pueblo de Porreras con objeto de restablecerse y el juéves último dióle un nuevo ataque y suicidóse disparándose un tiro en la cabeza que la dejó cadáver instantáneamente.

Que Dios la haya acogido en su seno.

El domingo al anocheer, al saear de la Plaza de Toros los caballos sobrantes de la corrida, uno de ellos se alboretó, lesionando un tobillo á un niño de pocos años que fué ecgido en brazos por uno de los mozos y conducido á sus padres para que le curasen.

Ha vuelto á encargarse del Gobierno Militar de esta Plaza, el general March que ha disfrutado un mes de licencia.

A la misa de comunioen general que celebró ayer en la iglesia de Montesion el Ilmo. Sr. Obispo, asistieron muchas personas de todas las clases de la sociedad y recibieron la sagrada comunioen gran número de fieles de manos de S. E. I.

El juéves último se consumieron por el fuego unos cien quintales de paja en una casa de La Puebla. Gracias á los esfuerzos de la Guardia civil y vecindario se logró dominar el voraz elemento, salvándose las caballerías y las habitaciones contiguas.

En el vapor correo de Valencia llegó ayer á esta capital, hospedándose en la fonda de Mallorca, el afamado especialista en toda clase de operaciones D. Abelardo Lloret. Dámole la bienvenida.

La Intervencioen de Hacienda ha acordado el pago de la mensualidad de Julio á la clase pasiva que lo tiene consignado en la Pagaduria de esta provincia, en la forma siguiente:

Día 2 y 3. Monte Pío Militar y Civil.

